

BEATA MARIA GABRIELA SAGHEDDU

"La Hermanita de la Unidad"

Esta hija de san Benito, quizá poco conocida aún entre nosotros, lo es y mucho entre los cristianos en busca de la Unidad visible de todos los que nos gloriamos de serlo. Por eso la llaman así: "la Hermanita de la Unidad" con indecible gratitud por su acto de ofrecimiento, cuya valía supieron apreciar.

Al recibir la noticia de su muerte, desde la abadía anglicana de Nashdom, escribe Dom Benedikt Ley: "Con gran pesar recibo del P. Abad la noticia de la muerte de Sor Gabriela. Desde el día que supe que estaba moribunda, no he dejado de rezar por ella. Con ella me regocijo de que el Señor haya aceptado su sacrificio. Creo que es una señal de la grandeza de la causa por la cual El, el Buen Pastor, dio su vida. Y es en el día "del Buen Pastor" en el que la llamó a Sí... Y me es grato también notar que coincide —23 de abril— con la fiesta de san Jorge, patrono de Inglaterra. Quiere decir que ella va a pedir especialmente por nuestra Comunidad y por su labor en vistas al retorno de Inglaterra a la auténtica unidad" (29.IV.1939). Sabedor de la gravedad de la enferma, este buen hermano en san Benito había escrito a la Madre Abadesa: "...quizá S.Ma. Gabriela no puede rezar su Oficio; en tal caso, yo podré hacerlo en su lugar. Haciéndolo, me sentiré más unido a ella (...). También les he pedido a otros que recen por ella." Fdo.: "vuestro pobre hermano separado".

Para la ceremonia de la beatificación, el Papa Juan Pablo II eligió el día 25 de enero (1983), último de la Semana de Oración por la Unidad de los cristianos, en que se conmemora la conversión del Apóstol de los gentiles y en la Basílica a él dedicada. Allí se encontraron reunidos en auténtico y profundo vínculo de caridad, hermanos cristianos de varias denominaciones, ubicados en primera fila a la izquierda del altar papal en el sector de honor a ellos reservado. Estaban representadas Iglesias anglicanas, luteranas, episcopalianas y or-

todoxa, algunas por varios miembros, y también las comunidades monásticas de Nashdom y de Taizé con sus respectivos Superiores, el P. Abad Dom Wilfred Weston OSB y el Prior Hno. Roger Schutz con un grupo de sus jóvenes monjes. Por ser obvio y no del caso, no detallamos las personalidades de la Iglesia católica, la nutrida delegación de Cerdeña (1500 peregrinos) y por supuesto todos los abades cistercienses y trapenses.

En su homilía, el Papa, partiendo de la fiesta del día —la Conversión de san Pablo— muestra que el movimiento ecuménico se basa en la conversión, el sacrificio por los hermanos y la oración. Tres elementos dominantes en la breve y rica existencia de Sor Ma. Gabriela, que por ello es proclamada Beata en este día y en esta basílica. “Me es muy grato señalar, de modo especial a los jóvenes, tan apasionados por la competición y el deporte, que la joven trapense supo hacer suyas las exhortaciones del Apóstol: “¡Corred de modo de alcanzar el premio!”. En pocos años consiguió en el estadio de la santidad cuatro récords capaces de dar envidia a los más calificados campeones. Ella es la primera Beata procedente de la Juventud Femenina de la Acción Católica; la primera entre las jóvenes de Cerdeña; la primera entre los y las trapenses y la primera entre los que trabajan por la Unidad. Cuatro récords debidos al entrenamiento realizado en esa escuela del servicio del Señor instituida por el gran patriarca san Benito, que evidentemente es valedera aún hoy, después de 15 siglos de suscitarse tales ejemplos de virtud en quienes saben aprovechar y practicar “con intelecto de amor”.

María Sagheddu nació en Cerdeña, el 14 de marzo de 1914, en un hogar cristiano pobre pero desahogado. En Dorgali el suelo es fértil y la población vive especialmente del cultivo de la tierra y de la cría de ganado. Los habitantes son inteligentes y emprendedores, de carácter fuerte y resuelto; sus ojos negros, profundos, de mirada viva, penetrante y voluntariosa, denotan gente laboriosa y tenaz.

La pequeña María tiene acentuadamente ese carácter fuerte y resuelto —“indómito” dirán algunas deposiciones—; es testaruda, impaciente, difícil... Pero tiene también de su raza, la bondad y la integridad y la inteligencia despierta. Con buenas dotes para el estudio, ávida de saber, iba gustosa a la escuela donde pronto se clasificó entre las mejores alumnas; estudiaba con seriedad y aplicación, destacándose en matemáticas. Ya grandecita, su pasión era la lectura. Leía cuanto le caía en las manos: libros de texto, historia, ciencia, novelas... No soltaba el libro hasta terminarlo... o hasta que Mamá Catalina venía a soplarle la vela. Sin embargo, como no pudo seguir en la escuela porque la requerían los trabajos caseros de la familia numerosa —el padre murió cuando ella contaba sólo 5 años— se entregó a éstos con ardor; era obediente y desenvuelta, y no se dejaba vencer nunca por las dificultades que superaba con ingenio, paciencia y buen humor. Era diestra en costura y bordado, y en el telar manejaba la lanzadera con rapidez y precisión. Los domingos, el gran programa de los chicos era jugar en casa a las cartas o a la lote-

ría. María jugaba bien y se apasionaba; rabiaba si perdía o si alguno hacía trampa, cosa que no admitía ni en sí ni en los demás. Simpática y bondadosa, ayudaba a sus compañeras de escuela que solían recurrir a ella para salir adelante con sus deberes, y además era animada y divertida.

Esta somera descripción pinta una chica como todas. Cualidades y defectos: toda cualidad tiene su defecto, y todo defecto su cualidad. La clave está en sacar partido de lo que sirve y transformarlo que es utilizable, con la guía y la fuerza del Espíritu Santo, como lo hizo María Sagheddu —y tantos otros, gracias a Dios, pues esto no es aún lo “canonizable”.

Desde el punto de vista religioso María cumplía con lo mínimo indispensable. Eso le bastaba. No aspiraba a más, y así fue hasta los 17 años. Por entonces se dio en ella una evolución que no se sabe a qué atribuir. Ella, poco explícita siempre, nada dijo, ni tampoco se dieron acontecimientos exteriores que permitan deducir alguna motivación.

Es un secreto de amor entre Cristo y el corazón de una joven. María, hasta entonces tan independiente e impositiva, se vuelve dócil, trata de pasar inadvertida, se abre a los demás. Espontáneamente, pide ingresar en la Juventud Femenina de la Acción Católica, con gran sorpresa y alegría de la presidenta del círculo parroquial, que una y otra vez viera rechazadas otrora sus invitaciones. Pero lo que más llamó la atención fue verla a menudo en la Iglesia, comulgar con frecuencia y hasta dedicando sus ratos libres a visitar al Santísimo rezando sabrosamente el Rosario. Testimonios posteriores inclinan a pensar que a esos sus 18 años ya encaró su total entrega al Señor. Su oración, que se vuelve continua, parece multiplicar su capacidad de trabajo, pues a lo habitual se añaden visitas y atención a enfermos y ancianos. Y con su ingenio y tesón acostumbrados, lucha empeñosamente contra sus defectos.

Todo esto sin embargo no sale de lo corriente en una chica buena, y sólo después de su muerte pudo medirse su alcance.

Tres años más, y en 1935 aflora la decisión de renunciar a su propia voluntad para entregarse a la del Señor, en Su casa, sea cual fuere. Y la Providencia indicó la Trapa de Grottaferrata (hoy Vitorchiano). Allí se encaminó en octubre vistiendo su traje regional y dejando para siempre su tierra y sobre todo a su madre, familia y parroquia. María tiene 21 años. Para el pasaporte, le sacan la primera y única foto de Cerdeña (la segunda será pocos días antes de su muerte, a pedido de la madre por verla una vez más). Al despedirse de Mamá Catalina le levanta el ánimo con estas palabras, que serán luego el tenor habitual de sus cartas: “Si llora, Mamá, ¡es que no es digna de tener una hija monja!”. En el monasterio, de inmediato se encontró como pez en el agua: “Querida Mamá: Gracias a Dios, yo me encontré *benissime*. Y si Ud. oyese cantar a las Hermanas en el coro, creería que son ángeles y no personas humanas. Aquí todo respira paz y sosiego y yo espero, con la ayuda del Señor, hallarme muy

bien aquí". "En cuanto al lugar, es un verdadero paraíso en la tierra; ayer, paseando por la huerta vi la viña, que es una maravilla porque tiene aún toda la uva. (...). Encontré aquí un montón de hermanas que me quieren todas. Fíjese que somos más de cincuenta. Tengo la impresión de estar entre personas con quienes nací, viví y crecí ¡Y es tan hermoso vivir en la casa del Señor!" (Esto vuelve en sus cartas como un estribillo). Además pregunta por cada uno y le manda saludos, no sólo a los de casa, sino a los tíos, amigos, vecinos, conocidos, etc. A fin de año (29-XII-35) vuelve a escribir, para compartir la alegría de la celebración navideña: "La casa del Señor es un nido de paz y de amor y me encuentro en ella *benissime* de salud y de todo. Nuestra misión es rezar por todos, tanto por nuestros amigos y bienhechores como por los enemigos. No dejamos de hacerlo, con la esperanza de que Dios se dignará escuchar nuestras súplicas". Luego describe los hermosos Oficios de Nochebuena y lo que más le encantó: comulgar a medianoche: "Piense, Mamá: recibir al Señor antes de la 1 y dígame si no es mejor que las comilonas de cordero o chorizos como se estila en Dorgali". Más adelante escribe también a Don Meloni, su director espiritual: "No faltan pequeñas contrariedades, pero creo que proceden del amor propio y de la diferencia entre mi espíritu mundano y el espíritu religioso que reina en la Comunidad. Espero que, con la ayuda del Señor, conformándome a los usos monásticos, las dificultades irán desapareciendo rápidamente. Por lo demás la satisfacción que siento por estar en la casa del Señor sobrepasa de lejos las contrariedades; no sólo las pequeñas, sino también las que pudieran llegar a ser mayores".

En efecto, asoman aún sus defectos naturales o sus cualidades insuficientemente controladas. Aquélla, su agudeza de discernimiento podía volverse o parecer espíritu de crítica; su presteza y su vitalidad solían convertirse en impaciencia. Ella luchaba con esfuerzo y lograba no poco. Con qué nobleza la empecinada inflexible de antes renunciaba ahora a su punto de vista reconociendo que otro tenía razón. Sus cohermanas lo notaban, así como el desarrollo de su rico fondo natural. Le brillaba la rectitud, la disponibilidad —"corría allí donde pudiera ser útil"—, el habitual recogimiento —literalmente excepcional—, y la prontitud en hincarse para pedir humildemente perdón.

Mientras es postulante (y novicia) le escribe largas y frecuentes cartas a su *mamma carissima* contándole todos los detalles de su vida, puntualizando una y otra vez que "gozo de óptima salud: este aire parece hecho para mí". En marzo del 36 le anuncia su vestición: "Al día siguiente de la Resurrección del Señor me convertiré en su esposa... Recé para que El me haga llegar a ser rápidamente una esposa digna de El y dígame que me haga sufrir mil veces la muerte antes que salir de estos santos muros donde he sido acogida con tanto amor". Rebosante de entusiasmo, escribe de nuevo a su mamá en ese lunes de Pascua, 13-IV-36: "Con Jesús, yengo a visitarlos y abrazarlos a todos (...). Hoy he hecho con Jesús el pacto nupcial de amor eterno. El será todo mío y

yo seré toda suya. Aunque soy una miserable e indigna criatura Suya, que no hizo otra cosa sino ofenderlo, El no me rechaza, sino que me acoge en Su regazo. El, mi creador, no desdeña llamarme su esposa. Verdaderamente es grande el amor de Jesús. (...) Yo siento que El me ha amado siempre y me ama desde ahora aún más (...) y ha querido hacer de mí el objeto de su misericordia. Cuando pienso en esto me siento confundida ante el gran amor de Jesús por mí y mi ingratitud y falta de correspondencia a su predilección. Ahora comprendo bien aquello de que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, porque lo he experimentado en mí misma. Y me ha tratado como al hijo pródigo”.

A primera vista, sólo veríamos en estos trozos el fervor juvenil y la apertura filial con su madre; pero contienen sobre todo dos características constantes: la percepción de la gratuidad del amor de Dios para con el pecador arrepenido y verdadera humildad. El tema de la conversión dominará a lo largo de su corta vida. Responder al amor inmenso y gratuito de Dios, será el acicate que la llevará a una creciente generosidad hasta el don total. “Acepto los sacrificios que se presentan, los miro de frente y luego actúo”. Por supuesto, persiste la lucha, según le escribe a Don Meloni: “...quizá crea Ud. que ahora soy siempre suave y paciente, pero no es así...”.

El 31 de octubre, festividad de Cristo Rey en ese año 1937, emite sus votos temporales. De esa fecha es una oración, el único papel de notas íntimas que no destruyó. Comienza con palabras de la Escritura:

“Señor, en la sencillez de mi corazón, llena de alegría te lo ofrezco todo. En este día, fiesta de tu realza, quieres convertirme en reina a mí, miserable criatura. Te doy gracias con toda la efusión de mi alma y mediante los santos votos, me entrego enteramente a Ti. (Aquí encomienda detalladamente al Señor a sus más queridos; la Iglesia y sus Pastores; el confesor, la parroquia, la Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica; sus superiores que las recompense y le dé a ella gran docilidad y obediencia; y finalmente las almas más alejadas, que desea devolver a Cristo Rey). ¡Oh Jesús! Me ofrezco contigo, en unión con tu sacrificio, y aunque indigna e incapaz, espero que el Padre mirará con ojos complacidos mi pequeña ofrenda, porque soy tuya, y por otra parte, he dado todo cuanto estaba en mi poder. Oh Jesús, *consumeme como una pequeña hostia de Amor* para tu gloria y la salvación de las almas. Padre eterno, muestra que en este día tu Hijo está de bodas, y establece su reino en todos los corazones de suerte que todos lo amen y lo sirvan conforme a tu divina voluntad. A mí, dame lo que necesito para ser una verdadera esposa de Jesucristo. Amén.

Hna. María Gabriela”.

En la crónica que de ese gran día le envía a su mamá, la palabra alegría se repite cinco veces en sólo 14 renglones. Y es que con la profesión se le ha

disipado una sombra: "... antes, siempre me temía que me despidiesen (...) ahora estoy segura de quedarme para siempre en la casa del Señor, ya que sólo me podrían despedir por falta de espíritu religioso o por alguna enfermedad disimulada por malicia. Gracias a Dios, enfermedad no tengo ninguna".

Este punto es importante. Son unánimes y abundantes los testimonios de sus cohermanas: la Hna. Ma. Gabriela tenía una salud de hierro; no la rendía ni el trabajo más fuerte; transportaba las más pesadas cargas sin notársele señales de cansancio; cuando le tocaba ser lectora en el refectorio (dos medias horas por día), toda la semana su voz se mantenía fuerte y clara. Tales testimonios permitirán luego comprobar el inexplicable súbito deterioro de su salud. Y, asimismo, nos dejan ver que la joven monja que hasta la profesión tenía un reparo en su entrega "... que no me enferme...", puede ya escribir rebosante de felicidad: "Señor, ahora ¡haz todo lo que quieras. ... hasta volverme tuberculosa!" Era lo peor que podía concebir. Sobre todo porque —pensaba— ello podría pesar sobre la fama del monasterio: si las jóvenes se ponían tuberculosas, nadie más querría ingresar...

Su palabra de orden "¡Señor, tu gloria!" renovaba a cada momento el entusiasmo de su entrega incondicional.

Por aquellos años 30, el Espíritu Santo se iba abriendo paso con lo que llegó luego a ser el movimiento ecuménico. Aquí y allí encendía chispas independientes: en Bélgica, Dóm Lambert Beaudoin, osb, y su comunidad monástica de Amay-Chevétogne; en Francia, el P. Yvés 'Congar, op, que elaboraba su teología, y el P. Paul Couturier, que plasmó la fórmula-clave (clave de espiritualidad adecuada) según la cual todos los cristianos podían rezar juntos, y no ya unos frente a otros, renovando así la ya existente Semana de Oración por la Unidad de los cristianos (18-25 de enero). En la pobreza de sus ínfimos recursos y pésima salud, pero con un corazón de fuego, escribía y difundía los folletos anunciadores. Por supuesto, solicitaba muy principalmente la oración de los contemplativos.

Fue así como, en diciembre de 1937, la Comunidad de Grottaferrata recibía por segunda vez el folleto de Lyon, con fervoroso entusiasmo, como ya sensibilizada al mensaje. El P. Couturier repetía en parte sus orientaciones espirituales, añadía el informe anual acerca del avance del "ecumenismo espiritual" en las diversas Iglesias cristianas que se le abrieran, y terminaba con el mismo pedido del año anterior, a saber: 1) la fundación de monasterios contemplativos especialmente consagrados a la oración por la Unidad y 2) "la ofrenda al Espíritu de vidas oscuras y ocultas" tales la de un trapense japonés, un pastor protestante francés y una trapense italiana.

El folleto es leído en el Capítulo², al iniciarse la Semana de enero 18-25 de 1938, y a los pocos días la Hna. Ma. Gabriela está de rodillas ante su abade-

sa: "Madre, permítame ofrecer mi vida". Sencilla, como siempre, humilde, y resuelta a la vez. Y como la Madre, sobrecogida, no contestase, continuó: "... total, mi vida no valé nada... no sé hacer nada". La Madre Pía reflexionó en silencio y luego optó por contestar escuetamente: "Cosa tan importante necesita reflexión. Piénselo bien".

La Madre necesitaba considerar a fondo tal petición. ¿Respondería a una exaltación momentánea? ¿o tendría un fundamento serio...? Y en este caso, esto es, si fué el Espíritu Santo el propulsor ¿sería que el Señor se preparaba a tomar la palabra de esa joven monja en la cual ella misma cifraba tantas esperanzas para la Comunidad...?

Por su parte, Ma. Gabriela ya había reflexionado. Había hecho suyas las grandes intenciones de la Semana de la Unidad. Ya estaba compenetrada con la suprema Oración de Jesús al Padre y como su Testamento: "¡Que todos sean Uno como Nosotros!" (lo atestiguará hasta materialmente el rastro de sus dedos afiebrados en las páginas de *Jn 17* de su ejemplar del N.T. ...). Y también lo había consultado ya con su maestra de novicias, la M. Tecla. Esta, que había pasado 25 años en país de misión, conservaba numerosos amigos cristianos no católicos, siendo la unión de todos el ardiente deseo de su corazón. Para obtener el gran don de la unidad son necesarios la oración y el sacrificio: ¿cómo negarse? "De inmediato tuve la impresión de que ese sacrificio sería aceptado y que perdería una hija de tantas y tan buenas esperanzas. Pero me urgía la gloria de Dios, y no demoré mi consentimiento, advirtiéndole que debía hablar con la Madre Abadesa y atenerse a su decisión".

Pese a todo, Ma. Gabriela, obediente, vuelve a reflexionar, buscando el deseo del Señor a su respecto. A los pocos días está de nuevo ante la M. Pía para insistir tímidamente: "Madre, parecería que el Señor lo quiere realmente. Me siento impulsada, sin pensar en ello". La respuesta fue: "Bien. Todavía no le digo ni sí ni no. Ofrézcase a Dios para hacer todo cuanto El quiere según le parezca oportuno. Arregle todo esto con el padre capellán. Más adelante el Señor manifestará su voluntad". Ma. Gabriela salió radiante de este coloquio y pidió luego consejo al padre capellán, que no halló razón ni derecho para trabar la generosa iniciativa de una monja fervorosa y sensata. Y ella hizo su "pequeña ofrenda". Nada trascendió. Y se entregó como siempre a sus ocupaciones acostumbradas. Pero todo ha cambiado: muy pronto se lo demostrará cierto dolor en el hombro, un cansancio inusitado, y finalmente una tosesita seca... Enero, febrero, marzo: con las gripes y resfríos propios de la estación, las toses son normales, Pero ya va llamando la atención la de Ma. Gabriela. Se nota su cansancio, su palidez. La forzuda necesita ayuda para transportar una carga cualquiera. En el taller de encuadernación, no logra apretar a fondo los tornos de la prensa. El médico sin embargo opina que son consecuencias del resfrío, que con descanso y tónicos pronto se pondrá bien. Pero pese a verse dispensada de las vigiliass, sobrealimentada y tonificada, la joven monja sigue desmejorando. La Madre Abadesa vuelve a hacerla ver con el

médico, que persiste en su diagnóstico. La Madre le dice claramente: "Esa tos... ¿no será tuberculosis?" "¿Tísica, esa chica? ¡Vea qué espaldas, qué constitución robusta!".

El Viernes Santo, mientras Ma. Gabriela colaboraba en arreglos y limpiezas en la iglesia, estando la Madre presente le sobreviene tal acceso de tos que ésta le lanza una mirada angustiada, a modo de muda interrogación. Y recibe por respuesta una sonrisita expresiva... Porque Ma. Gabriela había ya caído en cuenta, poco a poco, de que el Señor aceptaba su ofrenda. Y ahora tenía conciencia de que se aproximaba el gran Encuentro. La Madre, aunque no había dicho ni sí ni no, recordó aquel pedido al hacerse patente la enfermedad de la joven monja, como escribirá más tarde: "Aquella tos me penetró como una herida, un dolor agudo. Fue como el presentimiento de su muerte. El valor de esa Hermana, la pérdida para la Comunidad ¿era posible...? Por un instante, pensé en disputársela al Señor. Pero en ese día de Viernes Santo ¡Señor, Tu voluntad! ¡La Tuya! Y con el corazón destrozado, cerrados los ojos sobre el porvenir, la ofrecí. ¡Lo que se ofrece a Dios no se pierde!".

El domingo de Pascua la M. Pía vuelve a llamar al médico, que esta vez no es tan categórico: una radiografía no sería inútil... La Madre vio claro que no hay tiempo que perder, y al día siguiente Ma. Gabriela es avisada de que debe salir. ¡Salir del monasterio! ¡Ella, tan segura de quedar en él para siempre! ... Se puso lívida. Sus ojos espantados expresaba su asombro y angustia. La Madre trata de tranquilizarla diciéndole que volverá en el día o tal vez al siguiente, añadiendo: "Cuandò uno se ha ofrecido, hay que estar dispuesta a todo". Por la Madre Teclà tenemos detalles de esos momentos: "Recuerdo —¿cómo podría olvidarlo?— aquella mañana en que la Hna. Ma. Gabriela debía ir al hospital. Ni imaginar siquiera que la internarían. Esa salida era para ella y para mí una dolorosa sorpresa: quedó decidida en pocos minutos. La Hna. no sabía exactamente lo que le iban a hacer. ¡Había que salir! Vino a mí. Salir la abrumaba. No dijo palabra, queriendo obedecer a cualquier precio. Yo sentía el destrozo de su corazón. Nos miramos una vez más. Nos abrazamos en silencio y partió".

Partió para su calvario.

Tal fue para ella, que había pasado del mundo pequeño y tranquilo de su casa al no menos pequeño y silencioso del monasterio, el encontrarse de pronto sola en el hospital, entre desconocidos, envuelta en un engranaje de acontecimientos extraños e imprevistos. Los dos días resultaron casi dos meses.

Los diversos exámenes y un tratamiento inmediato y enérgico impiden su regreso al monasterio. Con detalle informa a su abadesa en frecuentes cartas, de las que transcribimos los párrafos siguientes, de mayor interés espiritual:

"En cuanto a mi alma, Rev. Madre, estoy como un pez fuera del agua.

Estoy en una sala grande llena de gente. La mayoría son jóvenes que hablan a gritos y hacen un bochinche infernal no hay modo de recogerse ni un instante. () Les oigo decir que están aquí ¡desde hace uno, dos, diez meses! () Cuando pienso en mi querido monasterio, se me saltan las lágrimas... Ahora que he sido arrancada de mi soledad siento la magnitud de mi sacrificio". "Anteayer me dijeron que tendría que quedarme un poco. Hoy me dicen que tendré que quedarme mucho tiempo. He llorado tanto que no puedo más. Trato de distraerme de este pensamiento y de tranquilizarme, pero no lo consigo. Tengo el corazón deshecho. Se me ha vuelto tan pesada la cruz que no puedo soportarla sin una ayuda especial del cielo". También le duelen las miserias de los demás, sobre todo las de orden espiritual y moral "que me eran ya insostenibles estando en el mundo; imagínese qué efecto me causan ahora..." "A veces me pregunto si el Señor me habrá abandonado. Otras, que El prueba a los que ama. Me parece imposible que Dios pueda ser glorificado con semejante vida... Siempre acabo abandonándome a Su voluntad". "Cuando el Señor nos prueba nos damos cuenta de nuestra flaqueza. Me ofrecí enteramente a mi Jesús y no quiero faltar a mi palabra. Soy débil, pero el Señor, que conoce mi fragilidad y la causa de mi dolor, me perdonará, estoy convencida. Hago todo lo que me dice. Curaré si Dios quiere. Que se haga Su voluntad".

"Madre, he notado el efecto de sus oraciones, porque estos días estoy un poco más tranquila. El día que me dieron el resultado (de otro análisis) sufrí mucho, pero ayer tarde sentí que una gran fuerza penetraba en mi corazón y me he resignado completamente a la voluntad de Dios, aceptando sufrir por su gloria y para que mis hermanas no corran ningún riesgo... Puedo asegurarle que el sacrificio es verdaderamente total, porque de la mañana a la noche no hago más que renunciar en todo a mi voluntad, a mis aspiraciones y deseos y a todo lo que hay en mí de santo o de imperfecto. He comprendido que la gloria de Dios no consiste en grandes acciones sino en la renuncia de uno mismo. Pida por mí para que comprenda cada vez más el gran regalo de la cruz".

A esa cumbre llega la enferma cayendo y levantándose, mientras sus fuerzas físicas la abandonan. Con lucidez sobre su estado, repetidamente le dice al P. Abad que la visita que ella no quiere morir en el hospital sino en el monasterio. Y por fin, ante el mal resultado del tratamiento, el médico se rinde ante sus argumentos de asombrosa sensatez y permite el regreso al monasterio, que fue el 29 de mayo de 1938. ¡Qué contenta está la enferma! Cuando sus Hnás. se encuentran con ella y le preguntan cómo está, contesta invariablemente: "¡Estoy feliz!" Y extrema las precauciones para evitar contagio. La Madre Abadesa y la Madre Maestra de novicias la visitan, hablándole de la preparación a las bodas porque el Señor está cerca. Este anuncio le es de gran alegría, y ella prorrumpe en su frase de amorosa admiración "¡Oh, qué bueno es el Señor!".

La Madre Pía había mantenido a la buena Mamma Catherina al corrien-

te de las alternativas de la enfermedad de su hija. Era llegado el momento en que ésta misma le escribiese, y no sólo de su estado sino del previsible desenlace. Condensamos la carta:

"Mamma carissima:

Me ha alegrado mucho la lectura de su carta a nuestra Madre Abadesa. Yo estaba segura de que su corazón no rehusaría hacer este último sacrificio. Sé que la naturaleza necesita aliviarse llorando, pero pasado el primer momento se arroja todo en el Corazón de Jesús, que todo lo consume como en un horno ardiente. Acerca de mi salud, no quiero engañarla con una vana esperanza de curación. No quiero que centre en esto su atención ni que ore por ello: pida para que el Señor haga de mí lo que más convenga para su gloria. Estoy contenta de poder sufrir algo por el amor de Jesús. Mi alegría se hace mayor cuando pienso que se aproxima el momento de las verdaderas bodas. Como Ud. sabe, el Señor me ha dado muchas gracias, pero la más grande de todas es esta enfermedad. La gente del mundo cree que en el monasterio somos unas egoístas que no piensan sino en sí mismas. Es un error. Llevamos una existencia de continuo renunciamiento para salvar a las almas. () Qué alegría el día en que estos lazos del cuerpo se suelten y pueda ir a contemplar cara a cara al Esposo celestial. Es tan grande mi felicidad que nadie me la puede quitar... Ud. también, Madre, sea feliz y agradezca al Señor esta gran gracia que nos ha hecho a Ud. y a mí. El Señor ha tomado de su casa esta florecilla silvestre y la ha trasladado al claustro; ahora quiere trasladarla al jardín del cielo... Cuando le llegue la noticia, no haga las tonterías que se estilan por ahí: encerrarse, llorar interminablemente... Al contrario, bendiga al Señor y déle gracias". Y acaba pidiéndole perdón, así como a los demás de la familia, por sus faltas para con ellos en el pasado. Se siente tan enferma que piensa ser éste su adiós. Pero aún le quedan 10 meses de vida, que sobrellevará con valentía y en constante crecimiento de abandono a Dios.

Cierto día, al amanecer de una pésima noche de tos, cuando la Abadesa le preguntó cómo se encontraba, Ma. Gabriela le alcanzó un papel en que había escrito —en forma apenas legible—: "Jesús, Señor, Hermano, Esposo mío: te suplico que me ofrezcas en todos los cálices, en todas las hostias, en todas las Eucaristías celebradas en el mundo, y que me hagas digno holocausto para ser presentado ante la divina Majestad, para Su mayor gloria. Jesús, que te glorifique y que Tú seas glorificado en mí". Reminiscencia de *Jn 17*, explicitación de su "pequeña ofrenda" por la Unidad de los cristianos... Por entonces su vida, su ser, es oración. A su abadesa, que le recuerda la bella palabra del poeta: "amor, por delicadeza, hazme morir de amor", le comenta: "Me parece que sólo los que viven de amor pueden morir de amor".

A tal punto afina su abandono que estima aquél su apégo al monasterio, que pareciera tan justificado, como un escollo a supefar: "Si fuese para el bien de la Comunidad, ahora saldría sin vacilar". Y en ésta y muchas ocasio-

nes acotaba: "Yo no cuento". También por entonces leemos en una hermosa carta a Don Meloni: "... Nunca he tenido que arrepentirme de pasar mi vida en el abandono. También tengo la certeza de que Jesús hará lo más conveniente para su gloria y mi santificación. () Siento que nunca llegaré a comprender suficientemente el amor que Jesús me ha manifestado al ofrecerme esta cruz. Es cierto que la enfermedad es un poco humillante para la naturaleza, y que ésta está luchando contra ella; pero vencen el amor y la gracia, y la humillación de la naturaleza se convierte en la más apreciable delicia del alma".

Ma. Gabriela estimaba llegado el momento de recibir la unción de los enfermos —por entonces la extremaunción— y lo deseaba para el Viernes de Pasión, en que se celebraba a la Madre Dolorosa, pero nada dijo. Pero Aquel que ve en lo secreto la escuchó. Una súbita gravedad, justo ese día, dio motivo a que le fuera administrada. Pudo hacerse en el coro, según el ritual cisterciense, que con ello recuerda la muerte de san Benito "de pie, en el oratorio".

"Lleva alas", decía su Madre Abadesa que admiraba su ascensión espiritual y especialmente la acción de gracias en que vivía, así como la intensidad con que pasó aquella postrer Semana Santa. El 22 de abril, como se venían prolongando unos días de sufrimientos agotadores, le ofreció recibir a Jesús como Viático, cosa que la enferma aceptó con expresión radiante. En esa su última noche, la Madre le daba a besar el Crucifijo. Luego, también la estampa del Sagrado Corazón recibida desde la lejana abadía anglicana de Nashdom, sugiriéndole: ¿"Quiere ofrecer lo que le queda de vida por la Unidad? "SÍ" contestó Ma. Gabriela con toda sencillez y claridad.

Hacia la una, las Hermanas que la velaban recitaron las Vigilias. Luego el capellán le trajo la Comunión, y como acción de gracias dijo en alta voz lo que siempre resonaba en el corazón de la joven monja: "Jesús ¡qué bueno eres! Creo en tu bondad. Espero en tu bondad". Amanecía el domingo llamado "del Buen Pastor" por leerse en él esa perícopa del Evangelio, tanto en las iglesias católicas como en las anglicanas. Después de Vísperas la Comunidad, reunida junto al lecho, despidió con sus oraciones al Cordero que entregaba su vida. Por equivocación, las campanas prorrumpieron en toque de fiesta en lugar del toque de difuntos... Se las quiso detener, pero ya era tarde, y se les habían unidos las campanas de la parroquia, formando un concierto de alegría. Era el 23 de abril de 1939. Pocos días después, Mamma Catherina recibía la última carta de su hija:

(sin fecha) "Muy querida *Mamma*: Le escribo estas líneas para enviarte mi último pensamiento y mi último saludo. El divino Esposo ha renovado su invitación y el ansiado día se avecina. No digo el día de la muerte, sino el día en que sueltos los lazos de esta mísera carne, podré finalmente pasar de esta vida a la vida feliz y bienaventurada del cielo. La separación del cuerpo no es una muerte sino un paso a la verdadera vida, Alégrese, madre mía, por-

que allá arriba no habrá más clausura y yo, aunque Ud. no me verá, podré ir a visitarla y besarla a gusto. Entre tanto, siento aumentar siempre más mi amor por Ud. Estése tranquila, porque desde allá arriba le seré mucho más útil de lo que le soy aquí, porque veré claramente todas sus necesidades y podré interceder desde más cerca ante el Señor. No llore ni haga esas comedias que se suele hacer en Dorgali, porque me daría mucha pena. Deseo que el día mismo que reciba la noticia vayan todos a la santa Misa y a comulgar y así rezarán por mí y agradecerán al Señor las gracias que me ha hecho y sus predilecciones para conmigo. Espero que Salvador y el cuñado hayan cumplido el precepto pascual, pero si así no fuese, les encarezco que lo hagan cuanto antes, al menos para cumplir mi último deseo, y yo rezaré tanto más por ellos. Una vez más pido perdón a todos por las penas que haya podido causarles. La abrazo fuertísimo en el Corazón de Jesús, así como a toda la familia. Su hija siempre

Sor María Gabriela''

*Abadía de Santa Escolástica
Martín Rodríguez 547
1644 Victoria (BA)*

María Elena LAGOS, osb